

[Sin título]

por Francisco Rapalo

Él descrea de mis teorías. Yo insisto: en la cirugía, algo salió mal. Siento los implantes adentro de la cabeza, no es imaginación. En la última consulta era un frío penetrante de hielo, un mordisqueo congelado. Antes me había parecido electricidad: cada vez que me bañaba podía sentir un dolor que no llegaba a ser dolor, estática en el cerebro, cosquillas sordas.

Se ríe en mi cara con esos dientes carísimos, y no quiero pero me aprieto como un puño. Cuando se prende la pantallita del reloj pulsera —mi cerebro está por ser regulado—, la tapo con la mano. Por suerte, puse en silencio la aplicación y desactivé las notificaciones por zumbido.

El doctor Wuang es una sonrisa consistente. Empieza con sus sermones y no hay quien lo pare. Repite que no es otra cosa que una sugestión inocua; en cada consulta, lo mismo. El cerebro no se siente. Los nanochips son incapaces de producir sensaciones más que por el efecto de su función adecuada. Los míos son de la más alta calidad, importados desde Canadá.

La semana pasada se rio así, igual, con la misma expresión de niño milenario.

Es budista, me dijo una vez. Pero no muy estricto. Entrena la paciencia de las rocas y en uno de los estantes tiene un gong pequeño con el que da inicio a sus sesiones de meditación mineral. Me aconseja una hora diaria de respiraciones pausadas. En la última consulta sacó su celular, buscó una canción que sonaba a viento y hornos de barro y me hizo cerrar los ojos y tomar aire hasta el vértigo.

Ahora me pregunta si tengo una bañera y me habla de la inmersión en sales para regular electrolitos. Me explica que lo mío es un resabio de ansiedad en los nervios.

—Tu cabeza se olvida de que todo está bien —dice, con impecable acento argentino.

Titila la pantallita de mi reloj, señal de que los implantes entran en acción. Empiezo a sentir el efecto en las extremidades, me voy ablandando. Las palabras del doctor Wuang se ensanchan y afinan, son notas musicales exactas, palabras con cadencia justa, reconfortan. Dejo de resistirme y me transformo en ese confort. Lo que estaba sintiendo —la inquietud, la ira, el desasosiego, todo eso o nada de eso, ya no sé— se aleja, pierde espesura. Aguar es la palabra. Mi interior de medusa, desmembrado. Consistencia de pulpa. Soy una ameba en la silla.

El doctor Wuang teclea y teclea. Teclea y teclea y teclea. Se enciende la impresora y empieza a salir una hoja llena de palabras. Sabio bebé cósmico, quiero llorar de felicidad. Nos miramos hasta que la máquina escupe el papel. Firma y me alcanza la hoja.

—Estamos bien —dice—. Estamos en la fase de adaptación.

Todo está a medio camino. Nada *es*. Las cosas no toman su forma final, en cualquier momento pueden ser otras. Ofrece su mano, me ayuda a ponerme de pie. Me guía fuera del consultorio. Todas las veces salgo sin entender por qué vine en primer lugar. Me voy saludando a los pacientes, a la secretaria, la hija del doctor, una eterna adolescente con el pelo lacio y negro, que come despacio sus triángulos de manzana sobre una servilleta. Paso serena y la despido. Parece más joven, apenas hecha con unos trazos de tinta hace muchos siglos. Abro la puerta vidriada y, más que salir, entro en un vacío diferente. Estoy enamorada del mundo. Soy el amor. Soy el mundo. Soy redonda y transparente

como la llama de una vela. Los pensamientos prenden, brillan y se extinguen, intermitentes.

Me alejo de la clínica del doctor Wuang cantando una canción que no existe, y recién cuando llego al subte, se apaga la pantalla del reloj pulsera y me seco la baba que chorrea, mientras me miran una madre y su hijo.